

—¡Cuidado que es buena señora! dijo Mad. Campardon, ¡y tan agradable... tan virtuosa!

Entonces el arquitecto dando un golpecito en el hombro á Octavio, exclamó:

—La educación en la familia, querido amigo, ¡no hay nada como eso!

V.

Aquella noche habia recepci3n y concierto en casa de los Duveyrier. Octavio á quien habian invitado, acababa de acicalarse á las diez. Mostrábase algo grave y experimentaba contra sí mismo una sorda irritaci3n. ¿Por qué se le habia escapado de las manos Valeria, una mujer tan insinuante? ¿Y Bertta Josserand, no deberia haber reflexionado antes de rechazarla? En el momento en que acababa de ponerse la corbata blanca, el recuerdo de María Pichon le era insoportable. ¡Vivir cinco meses en París y no haber tenido más que aquella insignificante aventura! Era inconcebible, más aún, una vergüenza, porque comprendia lo vacío y lo inútil de aquellas relaciones. Así es, que al ponerse los guantes, se juraba no perder en lo sucesivo el tiempo como hasta entonces

lo había perdido. Ya que iba á entrar en la buena sociedad en donde las ocasiones no habían de faltarle, estaba resuelto á obrar con energía.

Pero María le acechaba al final del corredor, y como su marido estaba ausente, no tuvo más remedio que entrar un instante.

—¡Qué guapo está V.! murmuró ella.

Nunca los Duveyrier habían invitado á los Pichon á sus reuniones, y esto era causa de que el salón del piso principal la infundiera gran respeto. Por lo demás, ni sentía ofensa, ni envidia, le faltaba la voluntad y la fuerza para resentirse y quejarse.

—Le esperaré á V., dijo ella presentándole la frente para que la besara. No suba usted muy tarde, y con eso me contará si se ha divertido.

Octavio se vió obligado á dejar caer un beso sobre sus cabellos. Por más que existían entre los dos relaciones muy íntimas, cuando el deseo ó la ociosidad hacía que el joven se acercase á ella, ni el uno ni el otro se tuteaban todavía. Octavio se despidió, y bajó hasta el piso principal. María asomada á la barandilla de la escalera, le siguió con la vista.

En aquel instante se desarrollaba todo un drama en casa de los Josserand. La reunión

de los Duveyrier, á la que habían sido invitados, iba en concepto de la madre á decidir el matrimonio de Berta y de Augusto Vabre. Éste, vivamente asediado desde hacía quince días, vacilaba aún, dominado por las dudas que le inspiraba la cuestión del dote de la chica. Mad. Josserand deseosa de dar un golpe decisivo, escribió á su hermano anunciándole la proyectada boda y recordándole sus promesas, con la esperanza de que al contestar se comprometiera en alguna frase de la que se proponía sacar gran partido. Toda la familia, vestida de punta en blanco, esperaba en torno de la estufa del comedor cuando el portero subió la deseada carta del tío Bachelard, que se le había olvidado entregarla y eso que hacía ya algunas horas que estaba en su poder.

—Gracias á Dios, dijo Mad. Josserand rompiendo el sobre.

El padre y las dos hijas fijaron en ella sus ojos con la mayor ansiedad mientras leía la epístola. Adela que había servido de doncella á las señoritas, andaba de un lado á otro guardando los cubiertos y la vajilla. Todos observaron que Mad. Josserand se puso muy pálida.

—¡Nada! ¡nada! balbuceó, ni una frase ni una palabra á la que poder agarrarse...

¡Que ya verá cuando se celebre la boda! Y aún tiene alma para decir que nos quiere mucho, que nuestra felicidad le interesa... ¡Valiente canalla!

M. Josserand muy puesto de frac, se dejó caer sobre una silla: Hortensia y Berta hicieron otro tanto y así permanecieron, la una con el traje azul, la otra con el rosa, que con otros adornos constituían el eterno adorno de las pobres muchachas.

—Siempre he pensado, murmuró el padre, que lo que quiere Bachelard es explotarnos... Jamás soltará un céntimo... le conozco bien.

De pié, con su traje de color de fuego, Mad. Josserand leía y releía la carta. Después estalló su mal humor.

—¡Ah! ¡los hombres! ¡los hombres! exclamó. Cualquiera creará que mi señor hermano es un idiota, á juzgar por lo que abusa de la vida y sin embargo, aun cuando esté borracho la mayor parte del tiempo, en cuanto se le habla de dinero recobra á escape la razón... ¡Ah! ¡los hombres! ¡los hombres!

Y al decir esto miraba á sus hijas como dándolas una lección y deseando que las aprovecharan.

—Hasta tal punto son malos los hombres, añadió, que no sé cómo tenéis tantas ganas

de casaros... ¡Si os sucediera lo que á mí que estoy de matrimonio hasta la punta de los pelos! Ni un solo joven que la ame á una por su linda cara. Y eso de ofrecer á una señorita con el amor una fortuna... mucho menos. ¿Pues y los tíos millonarios? Después de estarle manteniendo veinte años no son capaces de regalar un mal dote á sus sobrinas. ¡Esto clama al cielo! ¡Y en dónde me dejáis los maridos inútiles... si señor, inútiles!

M. Josserand bajó la cabeza. Adela sin escuchar siquiera lo que hablaban, continuaba en sus quehaceres, cuando la vió su ama y cayó sobre ella como una furia.

—¿Qué hace V. ahí escuchando lo que hablamos y figoneando? Vaya V. inmediatamente á la cocina, la dijo con acento tremebundo y volviéndose á sus hijas; todo para estos tiranos y para nosotras nada... ¡la ley del embudo! ¡No son buenos más que para mecharlos! tenedlo muy presente, hijas mías.

Hortensia y Berta se encogieron de hombros como si ya supieran de memoria aquel consejo. Hacía ya mucho tiempo que su madre las había convencido de la perfecta inferioridad de los hombres cuya única misión debía ser casarse y pagar el gasto de la

casa. Un prolongado y casi fúnebre silencio reinó en el comedor, donde los platos y los cubiertos sucios que dejó Adela al escaparse á la cocina, despedían un olor á comida rancia. Los Jossierand, de rigorosa etiqueta, esparcidos en la habitación y anonadós, olvidando el concierto de los Duveyrier, meditaban en los continuos desengaños del mundo. En el fondo de un cuarto próximo, sonaban los ronquidos de Saturnino que se había acostado temprano.

Berta habló al fin.

—¿Es decir, que también esa boda se deshace? ¿Es cosa de que nos desnudemos?

Mad. Jossierand recuperó súbitamente su energía. ¡Cómo! ¿Qué era eso de desnudarse? ¿por qué razón? ¿acaso no eran gente honrada? ¿había algún obstáculo para que su familia se aliase con la de los Vabre? La boda se realizaría contra viento y marea de todo el mundo ó dejaría la buena señora de ser quien era. ¡Pues no faltaba más! Y rápidamente distribuyó á cada cual de los circunstantes el papel que debería desempeñar: las dos señoritas recibieron la orden de mostrarse muy amables con Augusto, de no dejarle á sol ni á sombra hasta tanto que no se decidiera. El padre se encargaría de conquistar al viejo Vabre y á Duveyrier, opinan-

do como ellos en todo, si su inteligencia le permitía desempeñar aquella delicada misión. En cuanto á ella, deseosa de no dejar ningún resorte por tocar, se encargaría de las señoras y sabría ponerlas de su parte. Después, reconcentrándose y dirigiendo una rápida ojeada en torno suyo, como para ver si olvidaba algún arma, tomó el terrible aspecto de general en jefe de un ejército, como si tratara de conducir á sus hijas al campo de batalla, y con voz enérgica dijo:

—¡En marcha!

Obedecieron todos, pero M. Jossierand, al bajar la escalera todo turbado, preveía serios conflictos para su conciencia de hombre de bien.

Cuando entraron en el salón de los Duveyrier ya no se podía andar de gente. El piano de cola ocupaba todo un ángulo y las señoras ocupaban delante de él varias filas de sillas, colocadas como las butacas de un teatro, y en las puertas del gabinete y del comedor había una verdadera inundación de fraes y corbatas blancas. La araña y las seis lámparas que había en las consolas producían una claridad deslumbradora de mayor efecto al reflejarse sobre las paredes forradas de blanco y oro, y los muebles y colgaduras de raso encarnado. Hacía mucho

calor, los abanicos funcionaban sin cesar sobre aquella atmósfera, compuesta de perfumes, no todos agradables.

Cuando llegó la familia Jossierand, madame Duveyrier iba á sentarse al piano. La furibunda mamá saludó á la dueña de la casa haciéndole una seña para que no se molestase, y dejando á sus hijas en medio de los caballeros, aceptó una silla entre Valeria y Mad. Juzeur. Su esposo se dirigió á un gabinete en donde el casero M. Vabre descabezaba el sueño, como de costumbre, en el rincón de un sofá. En la misma habitación se hallaban Campardon, Teófilo y Augusto Vabre, el doctor Juillerat, el cura Manduit, formando un grupo. Troublot y Octavio, huyendo de la música habían ido á refugiarse al comedor. Cerca de ellos y detrás de muchos de sus contertulios se hallaba M. Duveyrier, alto y flaco, que por encima de los demás miraba á su mujer, y parecía imponer silencio con su actitud para que la escuchasen. En el ojal de su frac se veía la roseta de la Legión de honor.

—¡Silencio! ¡Chist! murmuraron varias voces amigas.

Entonces Clotilde Duveyrier ejecutó un nocturno de Chopin, de muy difícil ejecución. Corpulenta y hermosa, con magnífico

cabello rojo, tenía un rostro largo de una palidez y una frialdad glaciales: sólo en sus ojos grises encendía la música una llamada, fuego de una pasión exagerada. Con efecto, parecía sólo vivir de la música, sin revelar ninguna otra necesidad espiritual ó material. Su marido proseguía mirándola; después, desde los primeros compases una exasperación nerviosa contrajo sus labios, y al fin se retiró á uno de los rincones del comedor. En su rostro afeitado, de barba puntiaguda y ojos oblicuos, varias manchas rojas indicaban la mala calidad de su sangre.

Troublot, que le observaba, dijo tranquilamente.

—No le gusta la música.

—Ni á mi tampoco, respondió Octavio.

—Que á V. no le guste nada tiene de extraño; pero él... ¡El hombre de la dicha, como quien dice, favorecido por todo el mundo, mimado por la suerte! Nacido en el seno de una antigua familia de la clase media: su padre fué presidente de Sala. Agregado al foro desde que terminó su carrera, fué juez suplente en Reims, juez de primera instancia en París, le condecoraron, y antes de cumplir cuarenta y cinco años, ahí le tiene V. hecho todo un Consejero en el Tribunal Supremo. Me parece

que no tiene motivos para quejarse... ha subido como la espuma. Pero á pesar de todo no le entra la música, el piano ha lacerado su vida. ¡Qué diablo! ¡No se pueden reunir todos los goces en este mundo!

Clotilde vencía entretanto con un aplomo extraordinario las dificultades de la pieza que ejecutaba. Estaba en el piano como una funámbula en su caballo. Lo que más admiraba á Octavio era la furiosa gimnasia de sus manos.

—Vea V. qué dedos, decía á su amigo Troublot, parecen martillos... al cabo de un cuarto de hora de ejercicio deben convertirse en manteca.

Después se pusieron á hablar de mujeres, sin preocuparse de la artista. Octavio se vió en grave aprieto al descubrir á Valeria. ¿Cómo debería obrar? ¿Iria á hablarla ó fingiría que no la había visto? Troublot se mostraba muy desdeñoso; hasta entonces no había fijado sus ojos en ninguna mujer que fuera de su gusto ó de su repertorio, como él decía, su camarada protestaba, mirando á todas, para ver si encontraba alguna que le inspirase interés.

—Corriente, dijo Troublot con acento doctoral, elija V. una, y ya verá V. cómo no vale la pena. No mire V. á aquella de las plumas,

ni á la otra rubia con el traje malva... tampoco aquella jamona, por más que está gordita... Ninguna, amigo mío, ninguna, lo tengo muy sabido, no hay que buscar mujeres en los salones. Mucha finura, muchos dengues, y cuando llega el caso parecen mujeres de palo.

Octavio sonreía. Él tenía que buscarse una posición y no podía entregarse á sus gustos particulares. Troublot podía permitirse el lujo de la elección porque su padre era rico y le dejaría su fortuna. En medio de todo experimentaba cierta fascinación delante de aquellas filas de mujeres, preguntándose cuál de ellas elegiría, por el dote, y cuál por la belleza, si los dueños de la casa le permitieran llevarse alguna. De pronto, y al pasarles revista se sorprendió:

—¡Calle, dijo, la esposa de mi principal! ¿Es visita de la casa?

—¿Pues qué lo ignora V.? contestó Troublot. A pesar de la diferencia de edad, madame Hedouin y Mad. Duveyrier son amigas de colegio. Siempre estaban juntas y las llamaban los osos blancos, á causa de la temperatura en que vivían, siempre bajo cero. ¡Son un par de mujeres divertidas! ¡Si Duveyrier no hubiera tenido otro calorífero para abrigarse en el invierno, aviado estaría...!

Octavio se puso serio. Por primera vez veía á Mad. Hedouin vestida de gala, es decir, descotada, luciendo sus brazos, su pecho y sus hombros, y esto unido á los cabellos negros que formando trenza coronaban su frente como una diadema, hizo que se le apareciese como la realización de sus deseos: una mujer magnífica, de excelente salud, de tranquila belleza, que no debía tener desperdicio para el amor. Los más complicados planes le absorbían, cuando un gran estrépito le sacó de su éxtasis.

—Gracias á Dios que acabó, murmuró Troublot.

Todos felicitaban calurosamente á la dueña de la casa. Mad. Josserand, que se precipitó yendo á su encuentro estrechaba sus manos, mientras los caballeros se resarcían del forzado silencio que habían tenido que guardar, y las señoras se abanicaban. Duvyrier se arriesgó entonces á entrar en el gabinete, adonde Octavio y Troublot le siguieron. Rodeados de trajes femeninos, el segundo dijo al oído del primero:

—Observe V. á la derecha... Vea V. cómo se echa el anzuelo...

Mad. Josserand lanzaba á su hija Berta sobre Augusto. El pobre había cometido la imprudencia de acercarse á saludarlas, aque-

lla noche estaba mejor que de costumbre, sólo alguno que otro dolor neurálgico le molestaba; pero temía la segunda parte de la función, debía haber cantó y esto era lo que más daño le hacía.

—Berta, dijo Mad. Josserand, indica á nuestro buen amigo la receta que has copiado de un libro para aliviar sus padecimientos... ¡Es un remedio soberano contra las jaquecas!

Tendido el lazo, la mamá los dejó solos, cerca de un balcón.

—Hasta á la farmacopea recurre esa mujer con tal de pescar un marido para su hija, murmuró Troublot.

En el gabinete, M. Josserand, deseoso de complacer á su mujer, permaneció junto al viejo M. Vabre, muy apurado, porque el buen señor dormía como un lirón y no se atrevía á despertarle. Pero cuando cesó la música abrió los párpados. Pequeño y rechoncho, completamente calvo, con mechones blancos sobre las orejas, tenía un cutis muy colorado, la boca muy belfuda y los ojos redondos y salientes. M. Josserand se informó con mucha finura del estado de su salud, y esto sirvió de punto de partida á su conversación. El antiguo notario, poseedor de cuatro ó cinco ideas, solamente las des-

arrollaba siempre en el mismo orden. En primer lugar dijo algo de Versalles, donde había ejercido su profesión durante cuarenta años; después habló de sus hijos, lamentándose de que ninguno de ellos hubiese tenido facultades para sustituirle en el desempeño de las funciones notariales, lo que le decidió á vender su escribanía y establecerse en París, y por último trató de la construcción de su casa, que era la novela, por decirlo así del último tercio de su vida.

—He enterrado en ella trescientos mil francos, amigo, le dijo. Mi arquitecto pretendía que era un gran negocio.

Hoy no veo las cosas del mismo modo; apenas saco interés á mi capital, tanto menos cuanto que mis hijos se han venido á habitar mi casa con la idea de no pagarme los alquileres. Está V. seguro de que no me pagarían si yo no me presentase á reclamar en tiempo oportuno. Por fortuna no me duermo en las pajas; además la ociosidad me mata.

—¿Trabaja V. mucho? preguntó M. Josserand.

—Mucho ¡oh! sí, contestó el viejo con energía. El trabajo me sostiene.

Y explicó la gran obra que traía entre manos. Desde hacía diez años extractaba

anualmente el catálogo oficial de la Exposición de Bellas Artes, inscribiendo en papeletas sueltas el nombre de cada pintor y los cuadros que exponía. Hablaba de esta tarea con una angustia y un cansancio... apenas le bastaba el año para evacuar este trabajo; era tan arduo, tan difícil, que en ocasiones desmayaba; así, por ejemplo, cuando una mujer artista se casaba y exponía con el apellido de su marido, no sabía cómo encontrarla en su índice, y esto era cosa de desesperarse.

—Jamás llegaré á completar mi obra, y esto es lo que me mata.

—¿Es V., según eso, aficionado á las Bellas Artes? preguntó M. Josserand, deseoso de lisonjearle.

M. Vabre le miró con la mayor sorpresa.

—No, hombre, no, dijo; no necesito para nada ver los cuadros. Es pura y simplemente un trabajo de estadística. Pero ahora caigo en que lo mejor que puedo hacer es irme á la cama, con eso tendré mañana la cabeza más despejada. Buenas noches, caballero.

Apoyándose en un bastón, que no dejaba ni aun para andar por casa, se alejó andando muy trabajosamente, porque la parálisis le afectaba ya á los riñones.

M. Josserand se quedó perplejo: sin duda